

SUMARIO

Melilla.—Instrucción y educación, por el Capitán Subrio Escápula.—Los ejércitos del porvenir, por Un aspirante á veterano.—Los árabes, por Coronel Sainte-Chapelle.—Formaciones de ataque de infantería desde el punto de vista artillero.—Bibliografía.

BIBLIOTECA

Pliegos 15 y 16 de «La Argelia francesa», por D. Federico Pita Espelosin, capitán de infantería.
Pliego 12 de «Topografía Militar», por D. José Ferré y Vergés, capitán de ingenieros.
Pliego 69 de «Geografía Universal», por D. Luis Trucharte y Villanueva, comandante de infantería.

MELILLA

En los momentos en que se procedía á la tirada del número anterior, corría nuevamente en los campos de Melilla la generosa sangre española.

No por previstos, los hechos pasados han sido menos dolorosos; son una fase de la eterna lucha entre la civilización y la barbarie, pero barbarie no de todo un pueblo sino de los elementos de él más levantiscos y deseosos de dominar á sus coterráneos bajo la capa de un fanatismo tan dañoso como ficticio.

A la agresión de los rifeños hemos respondido con saludable energía y una diligencia ejemplar, cumpliéndose por esta vez la máxima de que el castigo, si ha de ser provechoso, debe ser oportuno y adecuado á la falta.

En tribus que no reconocen la soberanía del Sultán y divididas en tantos cacicatos como jefes dispuestos á imponerse por el terror hay, inútil es y aún perjudicial apelar á los procedimientos que se estilan en los países cultos. Esa falta de autoridad constituida ha sido durante largos años cómodo y socorrido pretexto para que los continuos atropellos de los rifeños quedaran sin el merecido castigo; por fortuna nos hemos percatado de la realidad, y comprendemos todos que no es posible que nuestras plazas africanas vivan en continua intranquilidad y poco menos que sitiadas, mientras los naturales del país encuentran en ellas cuanto han menester. El sistema era muy cómodo para los rifeños, pero resultaba vergonzoso para España, cuya prudencia y humanidad eran miradas como impotencia y candidez.

Ya que por la falta de autoridad reinan perpetuamente en aquellas kábilas la discordia, el pillaje y todas las calamidades de la guerra entre

pueblos incultos, impondremos la nuestra para que cesen tantas desdichas.

Ni vamos á conquistar nuevos territorios, ni á meternos en empresas quijotescas. Nos limitamos, sencillamente, á hacer respetar nuestros derechos, y con ellos los de todo el mundo civilizado. Y si bien es cierto, que esta acción nuestra contraria á los caciques y caudillos que viven de la expoliación y el saqueo, no es menos verdad que gran número de aquellos habitantes son pacíficos y desean que impere el orden y la paz, aunque el temor les lleva muchas veces á hacer manifestaciones y aun actos de fanatismo que en su interior no sienten.

La nación puede estar orgullosa de la facilidad, rapidez y orden con que se ha efectuado la movilización de tres brigadas mixtas, dotadas de todo el material y ganado necesario y que ha habido necesidad de adquirir en gran parte, como es consiguiente al pasar del pie de paz al de guerra. A las relevantes dotes demostradas una vez más por el ilustre Ministro de la Guerra, han respondido el celo y entusiasmo de la oficialidad, y la abnegación y el buen espíritu de la tropa, habiéndose dado el caso ejemplar de acudir al llamamiento con una celeridad pasmosa los numerosos contingentes de reservistas, casi sin faltar un solo hombre.

Con resolución y firmeza, pero también con serenidad y dignidad, vamos á restablecer el orden en nuestras fronteras marroquíes. Las beneméritas tropas que guarnecen aquellas plazas y las que han acudido desde la Península, no van á la guerra, ni siquiera á una campaña de más ó menos duración. Su cometido es extraordinariamente más difícil, porque su servicio será tan penoso, tan activo y arriesgado como en campaña, sin los entusiasmos y las glorias que produce el vencimiento del enemigo. Como no se trata de combatir á toda una nación, la acción militar ha de ser moderada, es decir, enérgica para sojuzgar la perfidia y alevosia, pero sin extenderse á las masas pacíficas que por yerros de nuestra conducta podrian trocarse en enemigos nuestros declarados, torciéndose entonces el verdadero objetivo, siempre generoso, de nuestras armas. No hay temor, sin embargo, de que acontezca tal desgracia, porque pocas veces ha sido tan bien estudiado y comprendido el problema marroquí por nuestros elementos directores como en esta ocasión, y pocas veces también se han acusado en tanto grado en los generales que están al frente de las tropas las cuatro virtudes cardinales.

Las bayonetas españolas son en el caso presente un factor exclusivo de civilización: abatirán al discolo y malvado, y sacarán de su abyección y triste estado al honrado y laborioso.

Solamente los que conocemos de cerca las dificultades de esta elevada misión podemos comprender en todo su alcance el derroche de inapreciables cualidades y sólidas virtudes que hace tiempo están demostrando las

tropas de Melilla y demostrarán de la misma manera las enviadas recientemente á aquellas playas, El deber se cumple en la obscuridad, con igual fe y entusiasmo que en la guerra, pero sin el brillo de las batallas. Y en tales ocasiones es cuando más se pone á prueba la solidez de un ejército.

Saludemos efusivamente á nuestros camaradas que se encuentran en tierras africanas, y abramos el pecho á la esperanza, porque los hechos están demostrando que en pocos años hemos dado un avance notabilísimo en cuanto atañe al ejército, y se vislumbra ya próxima la fecha en que la nación podrá confiar plenamente en nuestro esfuerzo, cualquiera que sea el enemigo que contra ella se alce.



INSTRUCCIÓN Y EDUCACIÓN

Acerca de la situación interna del ejército francés, y corroborando lo que algunas veces hemos insinuado y ha dicho casi toda la prensa, nuestro colega *O exercito portuguez* escribe lo siguiente:

„La prueba más elocuente del mal estado de la disciplina del ejército francés se manifestó en las graves insubordinaciones de las tropas encargadas de mantener el orden en el S. de Francia, con motivo de la cuestión vinícola; el Gobierno trató de providenciar, acabando con el reclutamiento regional y alterando, para mayor eficacia en la represión de los desórdenes en la vía pública, los preceptos que regulaban las relaciones entre las autoridades civiles y militares sobre tal asunto. Fué menester que se diese un caso tan grave, para que el Gobierno abriese definitivamente los ojos, pues hechos anteriores, acontecidos durante las huelgas obreras, en las cuales los soldados llegaron á levantar las armas como señal de no querer hacer uso de ellas, y el espectáculo repetido de reclutas que entraban en los cuarteles dando gritos de viva la anarquía, lo que se repitió también al ser licenciados, llevaban al ánimo la convicción de una disciplina inquietante, constantemente confirmada por acontecimientos sucesivos...

„En 31 de diciembre de 1908, el número de desertores llegó á 12,238 y el de los no presentados á 44,017, más otros 10,000 que se encontraban en el extranjero y no acudieron á tomar parte en las maniobras ni en los ejercicios de los reservistas. Se llega á sí á un total de 66,000 soldados franceses que se substraen al cumplimiento del deber militar...

„La verdad es que el espíritu guerrero de los antiguos galos no pasa hoy de leyenda; y si es cierto que las ideas pacíficas se acentúan en todas partes, no es menos verdad que una nación no puede estar á merced de la ruín propaganda de peligrosos agitadores de la disciplina social, que pretenden entibiar la acción gobernante, disolver las bases de fraternidad entre los ciudadanos y disminuir la firmeza política en el exterior.

„La campaña de antipatriotismo llegó á su máximo, decía Clemenceau,

por lo cual el Gobierno, consciente del peligro, persiguió á los antimilitaristas, varios de los cuales fueron condenados á siete años de presidio. Diéronse las órdenes más severas para impedir en los cuarteles la propaganda subversiva, prohibiéndose la lectura de periódicos socialistas y recomendándose los de filiación genuinamente republicana...

„Para terminar, transcribimos el grito del alma lanzado por un notabilísimo general francés, el cual grito sintetiza cuanto acabamos de exponer: “Todos hemos trabajado, en cuanto nos ha sido posible, hace treinta y seis años, para reconstituir, vivificar y perfeccionar una fuerza defensiva capaz de substituir á nuestras legiones destruidas; y hé aquí que en el momento en que esperábamos haber casi realizado nuestras esperanzas, esta fuerza se nos aparece de repente debilitada y comprometida por un mal secreto. El ejército francés, expresión magnífica de independencia nacional y fidelidad republicana á las ideas inmanentes de la justicia, ha sido trabajado sordamente por el espíritu de sedición..”

Reputando ciertos los hechos, pues son conocidísimos é innegables, discrepamos en la apreciación de las causas que los han engendrado. Para el patriotismo francés y el legítimo orgullo nacional, lo más consolador es atribuir la crisis interna del ejército, á influencias y propagandas ajenas á él y debidas á unos cuantos perversos y desequilibrados; pero no es menester reflexionar ni ahondar mucho en el estudio de los hechos para comprender que esas labores perniciosas jamás han producido ni pueden producir resultados de carácter general. El mal inicial debe buscarse en el estado social de la nación francesa, de la cual es necesariamente un reflejo su ejército. La falta de ideales, el positivismo, los hábitos y vicios que siempre se desarrollan en los pueblos laboriosos pero cuyo objetivo se reduce á trabajar por el bien propio que se traduce en placeres, comodidades y holgura, han de producir fatalmente reclutas poco aptos para cumplir los deberes militares.

Pero hay otro motivo, del que es culpable el mismo ejército, consistente en lo que podría llamarse exceso de instrucción, aunque en realidad no es más que el desmedido é insano predominio de la instrucción profesional sobre la educación moral.

No hay seguramente ningún soldado en el mundo tan instruido é inteligente como el soldado francés; pero, en compensación, difícil es encontrar otro que profese menos respeto íntimo al superior, ni cuyas virtudes militares se desvanezcan más fácilmente al golpe de los primeros infortunios.

Este es un punto esencialísimo, acerca del cual comienza á extraviarse la opinión de no pocos pensadores. En la fiebre de instrucción que se ha puesto de moda y que parece, por cuanto se dice de ella, ha de ser la panacea de todos los males sociales, se olvida con harta frecuencia que antes que la *instrucción* es la *educación* y que sin ésta aquella suele produ-

cir más perjuicios que ventajas. Un hombre de entendimiento muy cultivado, pero cuyas cualidades morales y volitivas hayan sido descuidadas, suele ser peor patriota y menos útil á la república que el ignorante de condición mansa y pobre de espíritu. Esta observación alcanza completo relieve cuando se la aplica al ejército.

Hace pocos días, un ingenioso escritor, dotado de buen sentido y de espíritu sagaz para ahondar en lo que estudia, decía á propósito del soldado francés: "Los franceses no admiten más que la obediencia reflexiva y por convicción, la activa,, y ponderaba esa clase de obediencia como la mejor para componer un ejército sólido y fuerte.

Este es el grande error del ejército francés. Atendiendo á la instrucción con preferencia, con grandísima preferencia á todo lo demás, casi con exclusivismo, y tratando al soldado más como ciudadano que como recluta, fórmanse soldados inteligentes, instruidos, conscientes, pero al mismo tiempo, quebranta sin advertirlo los lazos de la verdadera disciplina, que se funda en la obediencia á secas, sin ningún adjetivo. En la guerra, la firmeza y la constancia superan en resultados á la instrucción, y son la voluntad, el temple de alma, la abnegación, el espíritu de sacrificio, el valor... todas las modalidades de orden moral, las que ante todo conducen á la victoria.

Por otra parte, por completa y extensa que sea la instrucción que se dé al soldado, es imposible hacer de éste un sabio, ni siquiera un hombre ilustrado en lo que atañe á su profesión, para lo que se requieren largos años de paciente y continuada labor; de donde resulta que esa instrucción á medias, peor que la ignorancia, enciende en los reclutas el espíritu de crítica, la tendencia á la censura, un falso orgullo, una presunción excesiva, en una palabra, todo lo contrario á lo que requiere la existencia del ejército.

Los oficiales franceses ¿se esmeran por convencimiento en instruir á su tropa más que en educarla, ó bien obran así porque no les permite otra conducta la influencia del medio en que viven? A mi juicio, la verdad debe buscarse en lo último; pero, sea como quiera, lo que importa es mostrar los peligros que se originan cuando todos los esfuerzos se dirigen á cultivar el entendimiento del soldado, con menosprecio de su educación.

Y no podrá decirse que quien esto escribe sea partidario de que reine la ignorancia en la tropa, porque repetidamente y un día y otro ha venido clamando en favor de la instrucción general y profesional del soldado, hoy más necesaria que ayer y mañana más que hoy. Pero, entiéndase bien, paralelamente á esa instrucción, antes que ella si es menester, hay que moldear el alma del soldado, formar su corazón.

El ejército es ante todo un instrumento de acción, y donde hay muchos pensadores, ó que se creen tales, la acción cede su puesto á la discordia. Para obrar bajo el plomo enemigo se necesita la fusión de todas las vo-

luntades en una sola, y no sesudos razonamientos ni obediencias ficticias, como son las que dimanar exclusivamente del entendimiento, porque ellas desaparecen cuando se expone la vida; las facultades intelectuales deben servir en este caso para poner la obediencia al servicio del cumplimiento del deber, y este ha de sentirse antes que comprenderse.

En resolución, escarmentemos con los ejemplos que se nos ofrecen al otro lado de nuestras fronteras; y sin dejarnos deslumbrar por lo exótico, conservemos como bien inestimable que es, el carácter que en nuestro ejército hemos dado hasta ahora á la instrucción, enderezado á educar al recluta antes que á instruirlo: afirmación que tal vez asombrará á muchos, incluso entre los que visten uniforme, pero que es completamente exacta. Y á medida que la instrucción se vaya haciendo más intensa y prosigamos con mayor brío por la senda de trabajo en que por fortuna hemos entrado, consolidemos y hagamos más robusta la educación moral del soldado: solamente de esta manera se logrará el perfecto equilibrio entre la inteligencia y el corazón, característico del hombre de guerra.

EL CAPITAN SUBRIO ESCÁPULA



LOS EJÉRCITOS DEL PORVENIR

II

Los ejércitos que deciden hoy las guerras se componen de inmensas muchedumbres armadas, en las que se vierten los principales elementos de trabajo de las naciones, de donde resulta que durante las guerras, cierto tiempo antes y mucho más tiempo después, se paraliza en gran parte la vida nacional y sufren los países beligerantes incuestionables pérdidas económicas y, lo que es aún peor, quedan rezagados en la marcha mundial, algunas veces de un modo irreparable. En las contiendas europeas, el vencedor podrá reponerse en parte de tales quebrantos á expensas del vencido, cuya derrota significará para él, salvo contingencias imprevistas, el término de su prosperidad é independencia económica. De aquí que aún las naciones más poderosas rehuyan el conflicto, y se salven pacíficamente las crisis que periódicamente amenazan turbar la paz.

Pero esas crisis han de provocar pronto una guerra, aunque solo sea para salvarse los pueblos más guerreros de la bancarrota á que les conduce el constante crecimiento de los gastos militares y la resta, cada día mayor, de brazos á la producción. Ambos puntos están íntimamente encañados, pero también en cierto modo son independientes el uno del otro.

Comencemos por examinar el segundo.

El servicio general obligatorio, con estar fundado sobre un principio

de elevada justicia y obedecer al mantenimiento de la independencia nacional, adolece de numerosos inconvenientes de orden general, porque es la causa más directa del crecimiento de los gastos y de la perturbación que se introduce en la vida normal de los pueblos.

Si fuera posible, que no lo es, volver á los ejércitos profesionales, quedaría resuelto el problema; desgraciadamente, el derecho político moderno, inspirado en los principios de la revolución francesa, proclamando la igualdad de derechos y deberes, cierra la puerta á toda solución en este sentido.

Pero cabe un término medio por el que trabaja Alemania hace muchos años, con la constancia que le caracteriza.

La formación del soldado requiere una doble labor que se ejecute paralelamente en dos sentidos: educación moral, que se adquiere trabajosamente y es obra de largo tiempo; é instrucción profesional, relativamente breve.

La experiencia demuestra que, mediante una instrucción intensiva, ha sido posible reducir el tiempo de servicio en filas de ocho años á cinco, cuatro, tres, y últimamente dos, sin menoscabo de la eficacia de las tropas. Y no es aventurado el afirmar que no se ha dicho la última palabra en este asunto, y que ese tiempo de duración del servicio se reducirá aún más, mucho más. Para ello será indispensable, sin embargo, que el ejército encuentre ya predispuestos y preparados convenientemente los elementos que llame á su seno.

Pero la reducción de la permanencia en filas redundará en detrimento de la educación moral del soldado, tan difícil como la instrucción profesional, si no más, y este es el punto más importante del problema, comenzado hace años á resolver prácticamente en otros países, de un modo tan lógico como natural.

La educación moral y en parte también la instrucción técnica deben comenzar en la escuela, continuar en los centros de enseñanza de segundo grado, y concluir, antes de ingresar en el ejército, en las facultades y estudios superiores. Se necesita, por consiguiente, imprimir á la enseñanza, en todas sus escalas, una nueva orientación, con objeto de formar ciudadanos y patriotas, antes que abogados, médicos, ingenieros, etc., mediante la intervención prudencial de profesores militares y la introducción de nuevas materias de enseñanza, á expensas de otras, completamente inútiles y arcaicas, que aún se siguen dando.

Como la inmensa mayoría de los que se encuentran en la pubertad y en la primera juventud no frecuentan las enseñanzas medias ni las superiores, menester es además crear cursos especiales, de breve duración y de asistencia obligatoria, para los que se dediquen á las artes liberales, industrias, profesiones agrícolas, artesanos, jornaleros, etc. Organización no tan difícil como parece, pues bastaría que los cursos duraran un mes

cada año, se diéran, por turno, en las cabezas de partido ó pueblos importantes, y se escogieran horas á propósito para evitar molestias y perjuicios á los alumnos. Con esa enseñanza eminentemente educadora, se simultanearía la instrucción técnica, para que los jóvenes adquirieran las enseñanzas individuales que ahora se aprenden en filas.

Esta preparación de los futuras reclutas, que la experiencia conseguiría hacer perfecta en pocos años, resultaría ventajosa en todos conceptos: al Estado, porque le ahorraría—como se dirá—el mantenimiento de un numeroso ejército; y á los individuos, porque mediante una serie de pequeños esfuerzos escalonados en varios años, les evitaria la larga permanencia en filas, permanencia que, sobre causarles perjuicios considerables en su carrera, profesión ó medio de vivir, trastorna la existencia económica de la nación.

Las faltas de asistencia, la desaplicación, el abandono, tendrían siempre como castigo obligado la imposición de multas ó el recargo de la contribución al jefe de familia responsable, y, además y en ciertos casos, el aumento de servicio en filas, con lo que podría tenerse siempre un pequeño ejército de paz para las necesidades generales y las contingencias imprevistas. Con tales fondos, además de contribuir á sufragar los gastos de enseñanza preliminar—los cuales, por lo demás, se obtendrían con creces de las economías producidas por la reducción del ejército permanente,—podrían fomentarse las sociedades de tiro, atletismo, gimnasia, etc., procurando extenderlas á todo el territorio nacional.

Con ser difícil y muy importante la instrucción del soldado, lo es mucho más la del oficial. Para que éste, en todas sus jerarquías, la adquiriera completa y práctica, sería menester mantener las unidades en pié de guerra durante tres ó cuatro meses al año. Ese lapso de tiempo constituiría para los más de los reclutas—todos, excepto los castigados—el total de su permanencia en filas; adquirirían entonces la instrucción y los hábitos de la disciplina colectiva, mientras los oficiales se practicaban en el mando, desde el más elemental hasta el de las grandes maniobras, sin perjuicio de dedicarse en el resto del año á la instrucción teórica y de cuadros, conocimiento del material, reconocimiento del terreno, etc., etc.

Como se ve, no es esto una mera extensión del principio de la *instrucción militar obligatoria*, sino un cambio completo en los métodos de preparar al futuro ciudadano, entregado hoy, en todo lo que atañe á la moral y el patriotismo, á las enseñanzas no siempre beneficiosas del hogar, y en la composición del ejército permanente. No podrá llegarse á este resultado de buenas á primeras; se requiere una labor previsora y perseverante de muchos años, puesto que el Estado ha de tomar bajo su protección y guía á los niños que comienzan sus estudios y educarlos paulatinamente hasta que hayan prestado un brevisimo servicio en el ejército. Por esto mismo, se impone proceder con actividad, si no se quiere que

continemos eternamente rezagados y en perpétua inferioridad con respecto á otros pueblos, que la historia nos dice han sido rivales nuestros más de una vez.

Y á lo que proponemos ú otra cosa parecida, necesariamente muy parecida, se habrá de ir pronto, porque la situación actual se va haciendo insostenible y pronto llegará un día en que será forzoso ponerle término. ¿Qué haremos entónces? ¿Nos resignaremos á quedar á merced de los demás? ¿Provocaremos una guerra? ¿Nos limitaremos á llorar nuestra impotencia y dolernos de nuestras desgracias? La experiencia enseña que los grandes sucesos históricos que han elevado á la pujanza á unos pueblos y han conducido á la decadencia á otros, han sido siempre obra de un largo periodo, porque las evoluciones de la humanidad son lentas, excepto cuando la pasividad y la desidia ó bien la previsión y la voluntad las precipita.

Con la orientación propuesta salen beneficiados la nación en general, el Estado y el individuo, y el ejército resulta igualmente ganancioso, como iremos viendo sucesivamente.

Y urge poner mano en estas cuestiones, porque atravesamos en la actualidad un periodo de grande incertidumbre, de verdadera vacilación. El temor á la guerra, el pensamiento de los grandes males que acarrearía una contienda, ha hecho perder la cabeza, como se dice vulgarmente, á los pueblos más reflexivos é impasibles; y así vemos cómo en Inglaterra se ha despertado una fuerte corriente de opinión en favor del servicio general obligatorio y de la composición del ejército al estilo de los del centro de Europa; cómo en Bélgica se enciende una honda crisis, que trasciende hasta las últimas capas sociales, por haber llegado al punto culminante la lucha entre los partidarios del actual voluntariado y los del servicio obligatorio; mientras que Alemania se prepara solapadamente á la instrucción militar obligatoria combinada con un ejército profesional, fórmula por la que es probable se decida abiertamente al terminar la guerra futura que hará retemblar sobre sus cimientos á toda Europa. ¿Aguardaremos nosotros para llegar siempre tarde? Hora es ya de que no nos deslumbre el aparato bélico y ahondemos en la esencia de las cosas.

UN ASPIRANTE Á VETERANO.

LOS ÁRABES

... El árabe es sobrio; se contenta con poco, prefiere su tienda á nuestras casas, desdeña nuestras artes, nuestra industria. Desde los tiempos bíblicos no ha cambiado; sus costumbres y su traje son inmutables. No tiene ninguna de nuestras necesidades y se compadece de nosotros porque pensamos exclusivamente en nuestros intereses materiales, mientras

él solo piensa en su salvación mediante la rigurosa observancia de los ritos impuestos por su religión.

El árabe debe quedar convencido de nuestro poder, pero la fuerza, empleada como único medio de gobierno, es incapaz de fundar nada estable.

Es ignorante y fanático: ¿qué hemos hecho para abrir sus ojos? La intolerancia de los pueblos musulmanes, caídos en una ignorancia rayana con la barbarie, se debe á la decadencia del Islam...

La poca precisión de los términos de la ley coránica permite á sus comentadores deducir las conclusiones más opuestas. Incumbe á los gobernadores de nuestras posesiones africanas vigilar el reclutamiento de los muftís y la enseñanza de los medersas, para que se propáguen en la masa de los ignorantes musulmanes, las ideas de tolerancia y liberalismo que son ya aceptadas por cuantos se han instruido en nuestras escuelas.

Pueblo pastor y agrícola, el árabe no puede permanecer indiferente á todo lo que hagamos para que aumenten entre sus manos los productos de sus rebaños y de su tierra. Cuando disfrute de mayor bienestar, comprenderá mejor las ventajas de nuestra civilización, más adelantada que la suya.

El árabe es agradecido; los beneficios que derramamos sobre él no caerán pues como sobre una piedra, donde no puede germinar ninguna semilla, porque "la ingratitud no vive en su corazón,, y aquello á lo que se muestra más sensible—tal vez por estar privado de ello hace muchísimo tiempo—es la justicia.

La población árabe que vive bajo nuestra dominación crece rápidamente y crecerá más todavía á medida que mejoren sus condiciones higiénicas y su bienestar

¿Puede haber mejor misión para nuestra Francia del siglo xx que la de entregarse á la regeneración de los árabes, raza orgullosa, guerrera, inteligente, hace siglos mal gobernada por autócratas egoístas, despreocupados, crueles y pervertidos por el abuso de los placeres sensuales? Esos pueblos, que fluctúan sin cesar entre el absolutismo y la anarquía, no son hoy más que una polvareda humana. El grupo social no pasa de la tribu, y á menudo ni llega á ella. Únicamente un gobierno fuerte, pero humano, que conozca la mentalidad musulmana y la sociedad árabe, puede conducirlos á la civilización.

Por salvajes que, en su aislamiento, hayan permanecido los marroquis, no deja de haber una numerosa población que aspira á la tranquilidad: la de las ciudades, en que los propietarios, los comerciantes y los artesanos están interesados en el mantenimiento de la seguridad de sus personas y de sus bienes. Viviendo con el temor de ser espoliados por la autoridad ó saqueados por el populacho, se creen obligados á manifestar sentimientos

exagerados de fanatismo religioso y de odio con respecto á los tibios. Pero en su fuero interno, están prestos á aceptar cualquier régimen que garantice el orden. Todos los hombres se dejan guiar por sus intereses, y los demás móviles de sus acciones solo son pasajeros y transitorios. Los árabes no forman excepción. En ciertos casos, el fanatismo puede hacer olvidar el interés, pero es más frecuente que suceda lo contrario. De la misma manera, los hombres se adhieren tanto más á las instituciones que les rigen cuanto más bienestar, seguridad y garantías les ofrezcan esas instituciones. Cuánto más prósperos sean los árabes, más se adherirán al orden de cosas que haya engendrado su prosperidad.

La pacificación de los Chauías, tan rápidamente obtenida por el general d'Amade, es la prueba bien convincente. Se debe á su iniciativa y demuestra que después de haber hecho sentir enérgicamente á los árabes el peso de nuestras armas, resulta mejor tenderles la mano que cebarse en ellos arruinándoles y reduciéndoles á la desesperación. Esta opinión, frecuentemente impugnada por nuestros antepasados, ha quedado plenamente justificada y honra á los oficiales de nuestra época.

CORONEL SAINTE-CHAPELLE

(De *La campagne du Maroc*, Paris, 1908).

FORMACIONES DE ATAQUE DE LA INFANTERIA DESDE EL PUNTO DE VISTA ARTILLERO

El comandante de artillería C. E. D. Budworth, ha publicado en el *Journal of the Royal Artillery*, el siguiente interesante artículo:

I.—Avance de la infantería á grandes distancias.

Las enseñanzas de las guerras sud-africana y ruso-japonesa, muestran la conveniencia de que la artillería abra el fuego contra la infantería atacante, á grandes distancias. Sabido es que el tiro de la artillería obliga á desplegar prematuramente, á tales distancias, si se quiere evitar grandes pérdidas.

A las distancias comprendidas entre 3600 y 5500 metros puede producir muy favorables resultados el tiro de shrapnel de la artillería pesada, mientras que á distancias superiores á 5500 metros convendrá recurrir al tiro de shrapnel de la artillería de campaña. Pero aunque á esas distancias la artillería puede obligar á desplegar prematuramente la infantería enemiga, no le será posible contener mucho tiempo el avance si la infantería sabe utilizar el terreno para cubrirse.

Las consideraciones que siguen sobre el avance de la infantería dentro de la zona de fuego eficaz de la artillería, son también aplicables, en sus rasgos principales, á las grandes distancias.

II.—Avance de la infantería en la zona del fuego eficaz de la artillería.

Esta zona, la más interesante, está comprendida entre 1800 y 3700 metros, y, en ella, el fuego de artillería del defensor constituye el principal obstáculo opuesto al avance de la infantería, la cual elige una formación adecuada para disminuir el efecto del tiro sobre la tropa, recorrer el terreno, etc., puntos todos que deben tenerse en cuenta.

En el concepto artillero, han de estudiarse los principios que regulan las formaciones que deben de adoptarse para disminuir todo lo posible el efecto del fuego de la artillería adversaria.

Estos factores son en primer término los que ejercen una influencia directa sobre el efecto del fuego de la artillería durante un ataque de la infantería, á saber: a. el fuego de la artillería enemiga; b. la iluminación; c. condición del terreno exterior; d. rapidez del avance.

a. Fuego de la artillería enemiga.

La capacidad de la artillería de la defensa para aceptar el combate con la infantería que avanza, puede ser menoscabada con gran facilidad por el fuego de la artillería del ataque, por lo que este punto no puede pasarse en silencio, aunque la cuestión sólo debe tratarse en lo que atañe á las posiciones que conviene ocupe la artillería.

Según las enseñanzas de las últimas guerras, es indudable que el fuego de la artillería de la defensa sufre serios quebrantos causados por el de la atacante, si ésta consigue determinar con exactitud, en este periodo del combate, las posiciones de aquélla. Si, para evitar esta eventualidad, el defensor elige posiciones naturalmente cubiertas, acontecerá en muchos casos que no podrá obrar con éxito contra la infantería en movimiento. De donde se deduce que el tiro de la artillería atacante levanta grandes dificultades al fuego de la artillería de la defensa, las cuales es imposible tener en cuenta en los polígenos de tiro, pero, por lo mismo, han de tenerse siempre presentes en los ejercicios de tiro las enseñanzas de la guerra, procurando acercarse á la realidad.

En las relaciones de la guerra ruso-japonesa, se citan uno ó dos casos en los que la artillería facilitó el avance de su propia infantería, mediante un tiro acelerado que producía delante de la última una especie de pantalla de humo. Pero, según se sabe, ni los rusos ni los japoneses poseían proyectiles especiales destinados á levantar densa humareda. Algunas naciones disponen ya de proyectiles de esa clase, que emplean con el objeto indicado, siendo indudable que, si favorecen las condiciones atmosféricas, se podrá formar una máscara de humo delante de la línea de ataque, obligándose así á la artillería de la defensa á emplear la puntería indirecta contra la infantería que avanza. (La puntería indirecta debe tomarse aquí en el sentido de que el tiro se efectúe con el auxilio de otros elementos que el alza ordinaria).

Aparte del caso improbable de haber grandísimas diferencias entre las diferentes partes del objetivo, no cabe afirmar, sin embargo, que el tiro indirecto haya de ser necesariamente ineficaz, porque el defensor habrá reconocido con minuciosidad el terreno en que debe obrar, y la infantería enemiga no efectuará su avance con la celeridad que se suele ver en los campos de instrucción. Los lugares abrigados y los puntos importantes habrán sido determinados previamente por el defensor, para poder abrir sin retardo un fuego vivo sobre aquellos parages. Con todo, la formación de una máscara de humo conduce á dificultar la observación y corrección del tiro propio y á consumir muchos proyectiles sin utilidad.

b. Iluminación.

Conocida es la influencia que la buena ó deficiente luz ejerce sobre el tiro de la artillería. Una luz mortecina puede constreñir á valerse de la puntería indirecta, y si la luz es escasa habrá de recurrirse al fuego des-parramado ó escalonado.

Este método de tiro es susceptible de cubrir rápidamente de proyectiles una determinada zona de terreno, á condición de que no haya inconveniente en consumir enormes cantidades de municiones aunque los resultados sean insuficientes.

La influencia de la luz en el fuego de artillería ha de tenerse muy presente en países como Inglaterra, en donde la escasa claridad durante ciertas estaciones, especialmente por las mañanas, ofrece favorables ocasiones para los ataques de infantería.

c. Influencia del terreno del avance.

Con respecto al cono de dispersión del shrapnel, el terreno puede ser favorable ó desfavorable; una inclinación suave en el sentido del tiro, da buenos resultados, mientras que las inclinaciones fuertes perjudican los efectos del fuego.

A las distancias que estamos considerando, se admite, que la mejor extensión en profundidad que puede batir un shrapnel está comprendida entre 90 y 140 metros; pero en los casos más favorables y si el tiro es acertado, el espacio batido llegará á 270 metros. Según lo que se deduce de las pruebas efectuadas en los polígonos de tiro, el efecto mejor se obtiene cuando el proyectil estalla un poco delante del objetivo, cualquiera que sea la formación de éste. Un shrapnel cuya explosión, vista desde la pieza, cubra de polvo y cascacos el objetivo, estalla probablemente delante pero á corta distancia del blanco, mientras que si la explosión produce el efecto de una esfera gaseosa es señal de que el tiro no ha dado en la inmediata proximidad del objetivo, que queda oculto de un modo indefinible.

La formación del atacante y la rapidez de su avance dependen de los caractereres del terreno. Si el artillero puede esperar, antes de abrir el fuego vigilará la aparición del objetivo, que indudablemente se mostrará

en períodos de tiempo más ó menos largos, y qué partes del mismo se hacen visibles á la vez. Los polígonos de tiro de Inglaterra ofrecen pocas enseñanzas sobre este particular; y sin embargo el recorrido del terreno anterior es de la mayor importancia, habiendo dado lugar á que se proponga encomendar á cada sección de artillería la observación de una zona del terreno perfectamente determinada. Por consiguiente, acaso pareciera conveniente el tiro por secciones, asumiendo los comandantes de éstas la dirección del fuego de las suyas respectivas en dirección, elevación y distancia.

Las enseñanzas de los polígonos de tiro demuestran que los mejores resultados se obtienen cuando se mantiene todo lo posible la unidad de mando de la batería.

La observación de los comandantes de sección puede ser fácilmente estorbada por el polvo y el humo, acaso confundan su tiro con el de otra sección, y además no pueden situarse en general en tan buenos puntos de observación como al comandante de la batería. Además, el fuego de la sección sería la unidad, aunque este inconveniente es mucho menos importante.

No obstante, en algunos casos será conveniente valerse del fuego de sección, como, por ejemplo, cuando haya de emplearse la puntería indirecta á consecuencia de la escasez de luz, ó porque la posición de la batería sea tal que no se descubran con igual claridad las diferentes partes del objetivo.

Por lo demás, está fuera de una posibilidad práctica el conseguir que el fuego de artillería bata con plena eficacia todos los puntos abrigados del terreno.

d. Rapidez del avance.

La experiencia enseña que el avance de la infantería, considerado de un modo general, es un proceso muy lento que se efectúa á saltos desde una posición á la siguiente. Si consideramos, para no extremar el razonamiento, un terreno ordinario, como suele presentarse en la práctica, y se utilizan acertadamente los reparos que presenta para abrigarse, la infantería atacante no quedará expuesta largo tiempo al fuego de artillería. Por consiguiente, es menester que la artillería de la defensa adopte los preparativos conducentes para abrir, al primer aviso, un fuego rápido y certero contra aquellos puntos que no ofrezcan protección á la infantería que avanza.

La infantería puede tener la certeza de que si queda al descubierto durante un tiempo apreciable, los artilleros conseguirán determinar la distancia exacta á que graduar el alza. Pero si ese tiempo es sumamente corto, fracasarán probablemente los esfuerzos de los artilleros, y los proyectiles quedarán cortos y se hundirán en el terreno ó pasarán altos y estallarán en el aire. Todo lo que exigía cambio de alza ó puntería se traduce

en una marcada pausa de fuego, como acontece frecuentemente en el polígono.

De los dos métodos que puede adoptar el atacante, es preferible recorrer cortas extensiones con gran rapidez que salvar grandes espacios sin precipitar la marcha, porque, por una parte, está fuera de la naturaleza humana moderar la velocidad del avance y marchar despacio bajo el fuego de la artillería, y, por otra, los movimientos rápidos equivalen á desarmar al artillero.

FORMACIÓN DE LA INFANTERÍA

La luz, el terreno y el tiempo, son los factores que influyen indirectamente en la vulnerabilidad de las formaciones de infantería durante el avance bajo el fuego de la artillería enemiga.

Dos de las principales dificultades que en lo relativo á las formaciones se presentan al artillero, son el rápido señalamiento del objetivo á los comandantes de sección y pieza y las adecuadas disposiciones para el reparto del fuego; á menos que las diferentes partes de una formación se perciban con claridad, será siempre difícil determinar los objetivos, y ocurrirán retrasos en la apertura del fuego y errores en su ejecución.

En el caso de que la situación de la batería con respecto al punto de observación sea tal, que el comandante de la batería pueda ver todo el terreno á batir, dicho comandante no perderá tiempo en señalar los objetivo; pero si no acontece lo expuesto, los comandantes de sección son los que deben dirigir el tiro, porque entonces es imposible que el reparto del fuego pueda ser dirigido exclusivamente por un solo hombre.

Cuanto más cerrada y compacta sea la formación, tanto más fácil es el problema; una sola línea ó columna facilita la labor del artillero, en lo que atañe á la designación de objetivos y reparto del fuego, más que dos líneas ó columnas; y cuatro columnas á la misma altura presentan menos dificultades que si están en orden escalonado. En los campos de tiro se observa que, relativamente pequeñas diferencias de distancia entre las diferentes porciones de un objetivo, ejercen una influencia perturbadora en los efectos, porque para que sea eficaz un disparo la explosión ha de verificarse cerca del blanco.

Si la formación es tal que obliga á emplear diferentes alzas, el comandante de la batería no puede ya ejercer plena vigilancia sobre el tiro y los efectos del tiro comienzan á amenguarse.

Las enseñanzas que en lo que atañe á las formaciones de infantería se deducen de los ejercicios realizados en los polígonos de tiro, son de poco valor práctico. La campaña sud-africana y la ruso-japonesa han producido grandes desilusiones sobre el "efecto destructor del fuego de artillería", y, en compensación, ambas campañas han vuelto á poner de manifiesto la importancia del "efecto moral," efecto que no puede obtenerse en los po-

lignos. En estos, el tiro se desarrolla muy á menudo de una manera muy diferente de la realidad; los objetivos no son los verdaderos; los movimientos no se pueden simular bien, si la formación es extensa; la infantería que ataca avanza demasiado deprisa sin reparar en obstáculos; una sola batería emprende á menudo la realización de cometidos que en campaña exigirán el concurso de dos ó más; y lo mismo que los artilleros solo de cuando en cuando se ponen en el caso más parecido á la realidad, las porciones de infantería atacante no siempre se aprovechan del terreno ni se cubren, de modo que el movimiento de ataque se realiza en grandes masas y en los polígonos se presenta simultáneamente á la vista toda la formación de ataque: guerrilla, sostenes y reservas.

A pesar de todos estos defectos, algo se puede aprender, sin embargo; á continuación figuran algunos resultados de los ejercicios de tiro efectuados en los tres últimos años con el cañón de tiro rápido de 8 cm. contra las formaciones de infantería.

(Continuará)

BIBLIOGRAFÍA

Catálogo de la Biblioteca de la Academia de Infantería. Año 1909, por D. Hilario Gonzalez y Gonzalez, Comandante de Infantería = Toledo, 1909. = XIV —850 páginas (23 × 16).

El Sr. Coronel Director de la Academia de Infantería ha tenido la atención, que agradecemos, de remitirnos el catálogo de las obras que constituyen la Biblioteca de aquel centro de enseñanza.

En un brillante prólogo, el actual bibliotecario, erudito comandante D. Hilario González, expone las vicisitudes por que pasó la que ahora se llama Academia de Infantería, desde los comienzos del pasado siglo, y los contratiempos y dificultades que se opusieron al fomento de su Biblioteca, que hoy alcanza un desarrollo espléndido y lozano, contando con cerca de 14,000 volúmenes.

Repasando las nutridas páginas del *Catálogo* se echa de ver el perfecto equilibrio entre los libros de índole esencialmente militar y de especial aplicación á la infantería y todos los demás relativos á las diversas ramas del saber humano, así como la abundancia de obras modernas, que hacen de aquella Biblioteca, no un panteón de libros, sino un órgano inapreciable para seguir la evolución de todos los conocimientos y mantenerse á la altura de cuantos progresos se van realizando.

Comienza el *Catálogo* por la clasificación sistemática de materias, siguen la distribución de obras en las respectivas secciones, un resumen de obras y volúmenes, una relación de las revistas y publicaciones periódicas á que está suscripta la Academia, y la lista de obras por materias y autores: todo ello con arreglo á los métodos que se conceptúan mejores para una clasificación de esta índole, de verdadera y real dificultad, como sabe todo aquel que necesita manejar muchos libros.

El *Catálogo* da perfecta idea del interés que la instrucción de los futuros oficiales ha merecido de los jefes, profesores y bibliotecarios, en particular del jefe que ahora desempeña este cargo, de la Academia de Infantería, á todos los cuales enviamos nuestros plácemes.